

NDE 8641

14-22

El País Secreto de Eduardo Anguita

por Cecilia García-Huidobro M.

PEQUEÑO, pálido y variegado, su figura inconfundible lo transformó en un personaje dentro del mundo literario nacional. Algo extraño, los que lo conocieron más de cerca dicen que escribía a lápiz en papel de envolver. Es que la apariencia frágil de Eduardo Anguita cobijaba un espíritu original y penetrante que vivió por y para la poesía. No escribió muchos versos, pero un puñado de ellos fueron suficientes para hacerlo Poeta, con mayúscula.

También ejerció el periodismo. Empezó como columnista en «El Estaquero», publicación de Jorge Prat, después «La Nación» y, durante muchos períodos, «El Mercurio». Paradójicamente, al guien absorto por el peso y el paso del tiempo como era Anguita, escribió durante más de cuatro décadas en la efímera tribuna llamada prensa. En ella plasmó numerosos artículos y ensayos breves que sobreviven sin que ese gusano de *Venus* en el pudridero los bordeara, ni el pie del tiempo, que lo obsesionaba, los pudiera aplastar crepitando. De hecho, algunos de ellos fueron recogidos luego en el volumen *La Belleza del pensar*.

El peso de la noche

Puede una animada curiosidad por entender este "inteligible mundo en que existimos". De allí que múltiples claves son posibles de seguir en esos escritos. Desde luego su incondicionalidad ante la belleza. Si Riebsaad sentó a la belleza sobre sus rodillas y la injurió, Anguita la cortejó toda la vida. Sus artículos están salpicados de pasajes que son una suerte de poética personal. En 1954, por ejemplo, escribe en «La Nación» que "la poesía, como todo arte, siendo una prefiguración de la armonía de espíritu y carne, de idea y materia, de verdad y vida, tiene que conducir, tiene que tentar al poeta a entrar —por la puerta clásica, ya lo sabemos— de nuevo al Jardín del Eden".

Gran defensor de Juan María, se adelantó a desti-

car las cualidades de su obra cuando nadie lo leía ni publicaba, producto de la integridad congénita de los chilenos. De hecho una línea argumental que recorre sus artículos durante varias décadas se refiere a razones de maestro ser nacional que Anguita vincula con el peso de la noche. Resulta más que inquietante volverlo a leer desde el Chile de hoy.

"El chileno presenta una curiosa conducta, que se muestra en dos formas opuestas y contradictorias. Darian para un ensayo antropológico. Una: Todo lo chileno es extraordinario; hay que rechazar lo extranjero. Un ejemplo: un crítico santiaguino (que ya no vive) reprochó reiteradamente un ciclo de conferencias —y todas muy inteligentes— que se efectuó, durante dos o tres semanas, en conmemoración del Dante. 'Mejor hay que preocuparse y estudiar a nuestros autores', comentó.

La otra actitud: Un poeta chileno ha terminado una obra de poesía: le confía a un amigo bastante inteligente. 'Esto podría firmarlo Rilke'. Respuesta: una sonrisita compasiva. 'Cómo va a ser posible que éste, éste, que yo veo casi todos los días, que estudia conmigo en la Universidad...', etc. No. Imposible. Yo lo veo casi a diario.

Se necesitó que los chilenos supieran que Huidobro fue decisivo en el movimiento de vanguardia europea para que comenzara a considerarse. (...) ¿Y Neruda? A lo mejor, sin consagración en el extranjero, pocos chilenos hoy lo estimarían. *And so on...*

Como explica Anguita tales razones? ¿A qué lo atribuye? Veamos uno de sus artículos, publicado el 19 de septiembre de 1954: "Ya lo hemos sostenido



tantas veces, la fuerza telúrica de Chile es formidable, aboga al espíritu, determina nuestra conducta, da tonalidad a nuestra pasividad. La poesía de Neruda es el ejemplo vivo de los pobres defectos de la raza: de esas determinaciones que son producto de un medio al cual el hombre aún no puede sobreponerse. He dicho 'efectos': lo que no significa que yo no considere al autor de *Residencia en la tierra* como un poeta genial, típico, genuino de América. En toda su obra (en la auténtica, cuando aún la motivación épico-social, extraña a su cultura, no había irrumpido) rige la pesantez primordial. En otras palabras: el peso de la noche, según expresión de Portales. La poesía ha hecho el prodigio de trasmutar defectos en virtudes. Es, por lo demás, el milagro de todo verdadero arte. Y, en nuestro caso, indica tal vez un camino".

Inercia del espíritu

Dos años antes había dedicado un artículo entero al tema de "El peso de la noche": "Hay un tiempo lento, de sienta espesa, que ata al chileno con humareda de muerte. Los hombres en quienes apunta el espíritu tienen así una floración temprana y efímera. Nuestros escritores y poetas, por regla general, son precoces; sus virtudes se confunden con las de la juventud. A los 40 años, tanto don y energía creadores se agotan súbitamente, sin alcanzar la dorada madurez. Esta tierra, que tanta savia tiene para crear, es también como un volcán que machita a sus hijos. Constituyen excepciones los hombres cuyos mejores frutos se dan en la adultez y en la vejez. Su estirpe espiritual es europea. Sin embargo, en su propia naturaleza o frente al medio, el chileno espiritual deberá luchar contra la poderosa gravitación telúrica y lo que ella determina en nuestro ambiente. Tadeo o temprano, el que hace algo caerá bajo el peso de la noche. No es envidia ni es odio: es la réplica de un mundo naturalmente inerte contra el espíritu que quiere mover, avanzar, superar. (...) Transmitir es darle curso a algo. Pero, por curiosa paradoja, ha pasado a significar precisamente todo lo contrario. Transmitir algo es darle el curso más largo y más lento, tan lento, que se confunde con la inmovilidad misma. Aquí, una vez más, el chileno demuestra su extraordinaria firmeza para inventar vocablos o darle una nueva acepción. La ironía es magistral: nadie puede alegar nada en contra del término. Si transmitir, en estricto castellano, es darle curso a algo, no me cabe ni enigma aquel funcionario que le hace seguir un curso larguísimo, interminable... ¿Qué es eso? El peso de la noche. Tengo en la familia un ejemplo notable. Un viejo agricultor llegó a un fundo de mi suegro, en el sur, a tratar un negocio. Un asunto rápido. Era un día viernes, y se le convidó a alojarse. El sábado... ¡para qué iba a marcharse! Se le invitó a pasar el fin de semana y así lo hizo. Como la semana siguiente tenía un día de fiesta, Navidad, ¿por qué no dejarlo toda la semana? Aceptó. Llegó Año Nuevo, y, con él, el glorioso verano rural. Fue invitado a pasar las vacaciones. Allí se quedó. Pasó allí el invierno, la primavera y un nuevo verano. Se fue quedando, quedando... ¡No se pudo ir! Vivió 35 años en casa de mi suegro, hasta que murió... ¿Qué podríamos comentar? ¡Peso de la noche!"

Frente a tanta pesantez, Anguita apuesta una vez más por la gracia y la ligereza del arte, o sea, la pesantez del espíritu. En 1953, polemizando en torno al criollismo, sostiene: "Ay, Chile está esperando en su novellismo. Pero tienen que ser chilenos profundos: que no se contenten con la cicuta, y que entendiéndose al hombre de fondo en combate, de arriba abajo: anímica, psicológica, social y metafísicamente. Porque Chile —lo repito por centésima vez— no se muestra en la postería. Chile es un país secreto".

Cuarenta años más tarde que estas líneas fueran escritas, ¿entendemos más cerca de ese secreto?

El país secreto de Eduardo Anguita [artículo] Cecilia García-Huidobro M.

Libros y documentos

AUTORÍA

García-Huidobro, Cecilia

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El país secreto de Eduardo Anguita [artículo] Cecilia García-Huidobro M. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)